

Es noche cerrada, la gente duerme en sus lechos, y Teodoro vestido con ropas que le pueden aparecer como un joven noble, callejea en busca del lugar de la cita. Allí era. La dirección en el papel así lo confirma. El palacete parece dormir entre las sombras de la noche oscura. Sin embargo, un buen observador, y él lo es, puede vislumbrar el reflejo de una tenue luz en uno de los balcones. ¿Era aquella la señal? Teodoro no lo piensa mucho, y sin importarle el riesgo, sus pies le llevan a lo alto de la tapia. Desde que leyó el papel, la nube de la aventura ciega los ojos del conocimiento, y no piensa más que en acudir a la cita. Y una vez allí, nada ni nadie le iba a detener.

Salta la tapia y cae en el jardín que rodea la casa. Los abundantes arbustos, y los macizos de flores, son un perfecto camuflaje que le permite llegar al pie del balcón sin ningún contratiempo. De allí llega el resplandor de una luz. Ese faro guía la nave de su inconsciencia por el mar ingobernable de su lujuria. Con la agilidad de un felino, trepa por la enredadera que cubre la pared hasta el balcón. Una vez allí encuentra la cristalera abierta. Entra. El interior

está a oscuras, pues ante su llegada la luz se ha apagado. El intruso espera hasta que sus ojos se acostumbran a la oscuridad del lugar, y apenas puede ver una cama, y en ella, envuelta entre las sábanas, la figura de una mujer. Los cascos de una numerosa caballería golpean su frente, y el ardiente viento del desierto abrasa todo su cuerpo. Con manos temblorosas se va desvistiendo. Cuando llega a los pies de la cama está completamente desnudo. Aquella era una cita amorosa, y él había venido dispuesto a satisfacer a la dama sin que ella notase la suplantación.



Un grito, que rasga la garganta de la confiada durmiente, rompe el silencio de la noche. ¡Alarma! Al pronto la sala se llena de luces y de gente armada.

- ¡Date preso! ¡Has caído en la trampa!

Fuertes manos le sujetan, y sus brazos pronto lucen grilletes y cadenas.

A partir del día desgraciado de su detención, comienza para él una tortura que nunca pudo imaginar. Una cárcel tras otra. Golpes de carceleros, y más golpes de carceleros. Interrogatorios a cargo de agentes de seguridad, y traslados bajo el látigo de alguaciles sin escrúpulos. Al final, el castigo por el largo túnel, termina en un juicio y una sentencia:

- Condenado a galeras hasta su muerte.

Parece ser que Teodoro fue tomado por un conspirador al que habían citado con engaño para reunirse con su amada, y que él, incauto, cayó como un pajarito. Él nunca pudo demostrar el engaño del que fue objeto y terminó condenado. Ese día, los grilletes solitarios, encontraron compañía en los tobillos de otro penado, y al que tenía que estar unido hasta que la muerte, de uno de los dos, les separe. La espera en los muelles del puerto, confinados en aquel cercado, hasta que llegue el barco donde les espera el banco de galeote, se hace larga y penosa. El sol, el frío, la lluvia, y hasta la nieve, se convierten en una tortura añadida.

El hombre, por el que habían confundido a Teodoro, debía ser muy popular entre la gente llana del pueblo, y ello hace que para él, el cautiverio se viera aliviado en parte. Come más y mejor que los demás penados. Tampoco el agua de beber le falta, y sus enfermedades encuentran quien las sane. Más de un compañero de pena colabora para ayudarle. Desde una taberna del puerto le llega, de vez en cuando, comida, la camarera es la bonita hija del tabernero.

Un día, dentro de un pan, descubre un papel. Teodoro, por su anterior experiencia con un papel clandestino, desconfía de la misiva, pero la chica que le llevaba la comida, asomada a una ventana de la taberna, le hace señas de asentimiento. El prisionero desdobra el papel y lee:

- Dentro de dos días tiene anunciada la llegada del barco donde debe embarcar como galeote Vuestra Excelencia. Durante el traslado es la única oportunidad para escapar. Al lado del barco, al que tienen que ser trasladados, habrá otro barco aparejado para zarpar. A ese barco tendréis que saltar vos. Para hacerlo posible, varios presos fingirán una pelea entre ellos, aprovechando la confusión que se formará, debéis cambiar de barco, el cual partirá raudo para haceros salir del país sano y salvo. Lo haréis como polizón, nadie entre la tripulación debe conocer vuestra verdadera personalidad. ¡Os va en ello la vida! ¡Suerte!

El barco hace su entrada y amarra en el puerto. Su velamen y artillería daba muestras de la importancia que tenía el transporte. Tres mástiles, y catorce cañones por banda. La marinería, y los oficiales, fuera de servicio, invaden las tabernas aprovechando las pocas horas que permanecería amarrado el barco en aquel puerto. En ese tiempo encadenarían a los remos a los nuevos condenados. En el cercado, que había servido de prisión, comienza una actividad inusitada. Los presos deben subir a bordo. Tarea esta que se hace difícil, pues algunos de los penados ni siquiera pueden andar, y otros ya estaban muertos desde la noche anterior. Esos desgraciados son arrojados directamente al mar,

Comienza el desfile. Por parejas enfilan el corredor que forman los carceleros, camino de la herrería. Allí les cambiarán las pesadas cadenas por otras más ligeras que les uncirán a los remos. Luego pasan por la

enfermería donde les rociarán con polvos antiparasitarios. Ese era el momento escogido para liberar al héroe. La noche anterior había ingresado en el cercado un nuevo preso, pero este hombre no fue inscrito en la lista de presos, por lo que su presencia era anónima para las autoridades. Y este infeliz es quien ocupará el puesto de Teodoro en el remo. Cuando entran a la herrería para el cambio de cadenas, es cuando se hace el trueque. En cubierta se forma una bronca entre los presos, en ese momento Teodoro es conducido directamente al barco que ya le esperaba dispuesto para zarpar rumbo a un destino desconocido, y en su lugar encadenan al nuevo galeote. Nadie advirtió el cambio, y Su Excelencia navegaba ya hacia la libertad.



Si Teodoro hubiese sido en verdad Su Excelencia, admirado héroe de la resistencia, hubiese gozado de una travesía tranquila, pero como no era así, pronto las cosas comenzaron a complicarse por su culpa. Su presencia en el barco solo era conocida por el Capitán y un par de marineros de confianza, que eran los que se cuidaban de que no le faltase nada al ilustre polizón, Teodoro descansaba tranquilamente en la bodega donde no le faltaba la comida y ropa limpia, y pronto recuperó su mejor forma. En ese momento, sintió que los límites de la bodega se quedaban pequeños para él, y comienza, amparado en la noche, a corretear por el barco.

La oscuridad, y la poca presencia de marineros a aquellas horas, son cómplices de sus correrías. Al principio eran cortas y rápidas, pero pronto fue tomando confianza, y se hicieron más largas y audaces. Durante esos paseos nocturnos solía requisar cuanta cosa consideraba que le iba a ser de utilidad cuando desembarque. Pero una noche, pletórico de confianza e impunidad, arrebató el arma a un marinero que sorprendió dormido en la guardia. Se da alarma general, cuando el oficial de guardia sorprendió al vigilante dormido y desarmado.

El barco se pone en zafarrancho, y pronto sorprendió al polizón, y todo su botín, mientras limpiaba el arma. No tiene defensa posible, pues nadie dice reconocerle, y es puesto preso bajo grilletes. Ahora nadie acude en auxilio del polizón, confinado en las cochineras, donde, si quiere comer, tendrá que disputar la comida a los cerdos. Cosa complicada y peligrosa.

Las peleas, entre los cerdos y el intruso por la comida, son terribles, y sirven de diversión a la marinería.

Hay reunión de Oficiales. Los más piden que el polizón ladrón sea colgado del palo mayor sin más dilación. Pero el Capitán, sabedor de la personalidad del reo, y que teme tener que dar cuentas de su suerte, se niega a una medida tan drástica. Él no está dispuesto a ahorcar a Su Excelencia. Había cobrado muy bien por embarcarlo como polizón, y tiene miedo de las consecuencias de una acción tan expedita. El miedo del Capitán salva la vida a Teodoro. Pero sí se acuerda que el intruso sea abandonado en el primer lugar posible. Y esa sentencia se cumple una noche tormentosa en una pequeña isla en medio del Océano.

El cansancio sume a Teodoro en un profundo sueño. Ni siquiera las pesadillas, tan frecuentes en sus noches, acuden a alterarle, y las horas van pasando sin pesar en su consciencia. No sabe el tiempo transcurrido tumbado sobre la lápida del que presumía de títulos y blasones, cuando por sorpresa, las brujas, y la sombra de una cuerda colgada del palo mayor, perturban su tranquilo sueño. Se agita, y se despierta. Hasta él está llegando el sonido de una lejana música. Las canciones que acompañan a la música, le despiertan del todo y le obliga a salir a la puerta de la capilla para conocer el origen de tanta algarabía. No ve nada, pero hombre prevenido vuelve a entrar en la capilla y se oculta tras el altar.

En el poblado la noche había sido movida, y no por la tormenta, allí estaban acostumbrados, sino porque esa noche había muerto el Jefe del poblado. Según la costumbre, se le debe dar sepultura, para que la última paletada de tierra sobre la tumba, coincida con la puesta del sol. Las nubes no emborronan el hermoso atardecer, pero el luto en los corazones de los lugareños sí pone sombras en el cielo.

El cortejo fúnebre ya está formado en la salida del poblado. Primeros van los tambores y chirimías, detrás el coro de plañideras, siguen los estandartes con los méritos del fallecido, y el féretro portado a hombros por los prohombres de la isla. Por último, el pueblo llano, llorando su verdadero dolor. La procesión llega hasta la verja del Cementerio. El ataúd es depositado sobre la mesa que sirve de soporte. Allí, la espera, es aprovechada para que la gente pase ante el féretro a dar el último adiós a su Alcalde. Luego, dentro del mausoleo, en una tumba al lado de la del Gran Hombre, le darán sepultura. Solo esperarán hasta que los operarios que tienen que levantar la losa de la tumba donde se va a depositar los restos del Alcalde, avisen que todo estaba en orden.

Los operarios, después de tomar su correspondiente carajillo en la taberna, toman el camino del Cementerio con su herramienta al hombro,

deben tener el trabajo terminado antes de que llegue el cortejo fúnebre. Cuando llegan, todo parece normal. Solamente, como consecuencia de la tormenta, coronas y floreros aparecen esparcidos por el suelo. En su camino, sin mayor miramiento, van apartando a patadas lo que encuentran en el suelo. En esto van entretenidos, cuando entran en el mausoleo. Allí se detienen. Frente a ellos ven una figura iluminada por la trémula luz de las velas, que les mira desde el altar. La aparición es terrorífica. Creen que lo que ven es el fantasma del Gran Hombre que regresa para reclamarles algo. El miedo atenaza sus corazones, y salen huyendo gritando su terror y abandonando el trabajo sin terminar.

La espera de la señal de los enterradores de que todo estaba a punto, se prolonga. Alguien, con sentido común, y conociendo la afición a la bebida de los enterradores, da la orden de entrar. Se apagan las antorchas. La oscuridad es total. Dentro solo debe estar La Luz Eterna que se mantiene siempre encendida. Ahora del interior no les llega ninguna luz. La tormenta debe haber apagado las velas. El ataúd es levantado, y entran en la capilla. Allí dentro, los hombres que portan el féretro, ven con horror como una aparición sale de detrás del altar portando en su mano La Luz Eterna.



En los portadores hay un momento de parálisis. La visión es terrorífica. De pronto hay un movimiento de espanto y un grito de miedo, y dando media vuelta, dejan el ataúd abandonado, y salen a todo correr. Fuera, presienten que algo no va

bien dentro de la capilla, por eso, al oír el grito, se desbandan por todo el Cementerio. La huida se detiene expectante, guardando la conveniente distancia. Al poco ven aparecer, en la puerta del mausoleo, la aparición espantosa. La vacilante luz de la vela que porta, le da una imagen imprecisa que aumenta la aprensión de los camuflados tras las tumbas. La aparición viste harapos, el pelo cae por sus hombros hasta alcanzar la cintura, y una espesa barba completa la estampa de un ser irreal. Las cuencas de sus ojos parecen estar huecas. Aquello solo podía ser el fantasma del Gran Hombre.

.- ¡Un fantasma!

Ahora la huida es total.

Teodoro queda solo en el Cementerio. No entiende la actitud de la gente. Él es un hombre pacífico. No tienen nada que temer. Además han dejado sin enterrar al pobre difunto. Sin más, entra en la capilla, y esta vez, arrullado junto al ataúd, se dispone para seguir durmiendo.

La mañana despierta con el Cabildo Municipal reunido en el Ayuntamiento. Así han pasado la noche sin llegar a un acuerdo sobre lo

que hacer en relación al fantasma, pues allí todos han aceptado que la aparición no era otra cosa que un fantasma. Y los fantasmas solo salen por la noche, así que ahora que ya era de día, tendrán que volver al Cementerio. Tienen que enterrar a su Alcalde. Eso se acuerda. Los reunidos comienzan a levantarse de la mesa para formar la comitiva, todos, menos uno que permanece sentado.

.- ¿Y si ese fantasma es el del Gran Hombre que está enojado por querer enterrar al Alcalde en su mausoleo, y por eso sale para impedirlo?

La pregunta detiene a los ediles.

.- ¿Cómo? ¿Por qué dices eso?

.- No sería nada de extraño. El mausoleo se levantó, según consta en las Actas Municipales, para que sirviera de morada eterna al guerrero que llegó a la isla, y que se le proclamó como Gran Hombre. Nadie más pues, debería de ser enterrado en ese lugar.

.- Entonces debemos ir al Cementerio y sacar el ataúd del Alcalde de la capilla, y enterrarlo en otro lugar. Por nada debemos volver a molestar al fantasma.

Así se hace. La comitiva que en esta ocasión llega al Cementerio, está compuesta por todos los ediles, había que elegir un nuevo Alcalde, y nadie quiere borrarse de cualquier fotografía. Llegan en silencio hasta la puerta del mausoleo. Cuatro de los más decididos, entran en la capilla. Allí dentro no había nadie. Retiran el féretro, y con la misma cautela que entraron salen. Creen que con ese acto, el fantasma, quedará tranquilo. El Alcalde es enterrado en una tumba anónima. Y desde ese día, nadie más se ha atrevido a entrar en la capilla.

Teodoro ha sido testigo invisible de toda la maniobra. Por los comentarios que han llegado hasta él, conoce lo que la gente piensa de su aparición la otra noche. No sabe qué hacer. De momento parece que nadie le va a molestar durante un tiempo, pero aquella tranquilidad no durará mucho, alguien le descubrirá, se sabrá los motivos de su presencia en el cementerio, y le volverán a colocar los grilletas. Ese no debía de ser el futuro que le espera. Ya fue condenado injustamente una vez y no quiere que eso vuelva a ocurrir, pero, ¿Cómo impedirlo? No sabe qué hacer. En esa disyuntiva sigue un día y otro, van pasando las estaciones, y sin que nadie hiciese nada por impedirlo, Teodoro, el joven bribón, desterrado de su país, sigue viviendo en el Cementerio de La Isla, y por acuerdo municipal, convertido en Enterrador.

FIN

Emilio Marín Tortosa